

Por el contrario, las élites de la colectividad optaron por una doble vía de afirmación identitaria de naturaleza cultural e historicista.

Los “triunfadores” económicos, por lo general los más conservadores, escogieron la reafirmación del carácter hispánico de sus paisanos, de entre los cuales, según ellos se encargaban de difundir, surgieron los grandes personajes hispanoamericanos y los padres de la nación argentina. Estrategia integradora con la que presumiblemente esperaban conseguir el respeto de los argentinos y del resto de los españoles.

Otros, siempre minoritarios, basaron su búsqueda de identidad colectiva en doctrinas regionalistas y etnonacionalistas importadas de Europa, reivindicando el orgullo de ser esencialmente gallegos y culpando al centralismo español de la emigración masiva de los gallegos y a los mismos españoles, más concretamente a los castellanos, de ser los generadores y difusores por América del estereotipo negativo aplicado a sus paisanos.

Según el autor, las dos últimas estrategias formaron parte del discurso de las élites del colectivo inmigrante, de aquellos que participaban en el movimiento asociativo regionalista, de los que contaban, por otra parte, con mayor visibilidad social y eran los más representativos ante la sociedad receptora.

Núñez Seixas concluye afirmando que, a pesar de las imágenes burlescas con las que se representó a los inmigrantes gallegos en el discurso popular, la literatura y los medios de comunicación de masas de Argentina en la primera mitad del siglo XX, en la práctica no se produjeron actitudes discriminatorias contra ellos. Por el contrario, sostiene que los gallegos, como el resto de los españoles, disfrutaron en el país austral de una gran movilidad económica y social.

Sin lugar a duda, es ésta una obra fundamental para entender el proceso de construcción de la imagen de la colectividad inmigrante gallega, no sólo en Argentina sino también en aquellos países americanos que recibieron los mayores contingentes de inmigrantes gallegos durante la etapa de emigración masiva trasatlántica.

José Antonio VIDAL RODRÍGUEZ

FERNÁNDEZ DE MIGUEL, Daniel: *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*. Zaragoza. 2012. Genuève ediciones. 442 pp.

La producción científica que atiende a las complejas relaciones establecidas entre España y Estados Unidos durante el periodo contemporáneo ha experimentado en la última década un notable crecimiento. Si a ello sumamos las sólidas bases sobre las que se sustentan esta clase de estudios –los cuales contaban ya con una apreciable trayectoria–, así como las investigaciones surgidas al calor de efemérides tan variadas como las referidas a la exploración hispana del futuro territorio estadounidense, al papel español durante la independencia de las Trece Colonias, a la guerra hispano-norteamericana de 1898 o a los pactos de 1953, obtenemos un panorama que sitúa esta temática como una de las más fértiles y que más atención ha concitado desde

ámbitos tan diversos como los que van desde la Historia y las Ciencias Políticas a la Filología y el Arte, pasando por la Economía o el Derecho. Resultaría, por ello, una empresa harto complicada y de escasa utilidad intentar condensar en unas pocas líneas la multitud de nombres que conforman esa extensa nómina de especialistas que han contribuido a situar el análisis de esta relación transatlántica en una notable posición. Al menos en lo que al panorama español se refiere, pues su importancia en el ámbito anglosajón ha quedado en los últimos tiempos mitigada. El principal motivo ha de buscarse no tanto en que aún no se haya consolidado plenamente el relevo generacional de aquellos hispanistas que contribuyeron poderosamente a la renovación de nuestra historiografía –gracias a su talento y a la posibilidad de acceder a fuentes vetadas a los no foráneos– sino, más bien, porque cada vez es más frecuente el uso de una óptica comparativa que prefiere tomar a España como una pieza más dentro de investigaciones de amplio espectro sobre Europa o el Mediterráneo, en vez de un caso único o excepcional.

Con todo, a riesgo de traicionar en parte las intenciones reveladas en el anterior párrafo, la mejor forma de ejemplificar la buena salud de la que gozan los estudios sobre las relaciones hispano-norteamericanas desde la Academia española es enumerar las principales tendencias que han marcado su devenir en lo que llevamos de siglo. Algo que, indefectiblemente, nos llevará a mencionar a aquellos especialistas que mejor representan cada una de ellas. En primer lugar, observamos la continuidad de las investigaciones sobre la relación bilateral durante la dictadura franquista y la época democrática, donde destacan los trabajos de Ángel Viñas, Rosa Pardo, Encarnación Lemus o Charles Powell, debiendo a este último una completa revisión del periodo que incluye el Tardofranquismo y el proceso democratizador. Gran pujanza han adquirido, del mismo modo, los análisis enfocados hacia la dimensión cultural de la relación, especialmente todo lo atinente al impacto de los usos y costumbres estadounidenses en la sociedad española al igual que las múltiples estrategias que adoptó la diplomacia pública norteamericana hacia nuestro país. En esta parcela destacan sobre el resto las aportaciones de los equipos encabezados por Antonio Niño y Lorenzo Delgado. También desde la historia económica se han producido relevantes avances gracias a las sendas transitadas por Julio Tascón, Núria Puig, Adoración Álvaro u Óscar Calvo, mostrando la relevancia de la variable económica para una mejor comprensión de la relación.

Las corrientes hasta ahora apuntadas tienen en común su predilección por indagar en los periodos más próximos, especialmente aquellos posteriores a la firma de los acuerdos de 1953, propensión que han intentado corregir con sus contribuciones José Antonio Montero, Andrés Sánchez Padilla o incluso el autor de la obra que aquí reseñamos. De hecho, la misma cubre también otra etapa –la que va desde la Segunda República hasta el Primer Franquismo, pasando por la Guerra Civil– que sirve para enlazarla, desde un punto de vista cronológico, con una última tendencia caracterizada por un claro propósito: reevaluar la posición del Presidente Franklin D. Roosevelt y su Administración ante el acontecer político español durante los años treinta y la Segunda Guerra Mundial. Un ámbito de estudio explorado por Joan Maria Thòmas y, más recientemente por Aurora Bosch, cuyo libro sobre el periodo republicano y la

contienda civil le ha valido el reconocimiento de la Organization of American Historians en la edición del año 2013 del galardón Willi Paul Adams.

Ante esta pléyade de investigadores y temas tan diversos, la primera pregunta a la que ha de responder la reseña que nos ocupa es la siguiente: ¿puede aportar elementos de valor al debate sobre los orígenes del antiamericanismo una obra aparecida a finales de 2012? La respuesta no puede ser más contundente. La misma no sólo contribuye a mejorar la comprensión de este fenómeno sino que, de hecho, resulta pionera en su análisis y, por ende, completamente necesaria. Y es que, a pesar de lo que cabría pensarse, por más que en España se hable mucho de antiamericanismo en los medios de comunicación y, frecuentemente, se asocie a sus ciudadanos como unos de los más beligerantes hacia la política exterior de Estados Unidos, hasta la publicación de la presente monografía –derivada de la corrección y ampliación de la tesis doctoral del autor defendida en la Universidad Complutense en mayo de 2008 bajo la dirección de José Álvarez Junco– carecíamos de un estudio sistemático de la vertiente conservadora de este fenómeno desde sus albores hasta el Franquismo. Así lo pone de relieve Fernández de Miguel quien, con toda razón, encuentra para este objetivo limitadas las, por otro lado sugestivas, aportaciones de autores como Manuel Azcárate o Alejandro Seregni. La del primero por su brevedad y las del historiador italiano por su excesivo empeño en presentar el antiamericanismo como un constructo ideológico asentado sobre unos principios estables y fácilmente identificables, enfoque que tiende a simplificar la compleja naturaleza de un fenómeno mucho más poliédrico y, por consiguiente, difícil de aprehender bajo fórmulas puras.

Por todo ello, un “leitmotiv” de la obra aquí reseñada es demostrar las múltiples incoherencias del discurso antiamericano y cómo la percepción del otro va a experimentar mutaciones a lo largo de la historia en base a intereses y circunstancias particulares, por más que, bajo el mismo, exista un sustrato común que ha tendido a perpetuarse incluso más allá de la posición política de sus usuarios. Una naturaleza proteica que parecía ya verificarse en los diferentes estudios impulsados desde el Real Instituto Elcano –nos referimos a los realizados, entre otros, por Carlos Alonso Zaldívar, William Chislett o Javier Noya, este último uno de los mejores conocedores de ese vaporoso concepto denominado “Marca España”– pero que, con la aportación de Daniel Fernández, queda ahora plenamente documentada a la luz de los textos y testimonios manejados por el autor.

Precisamente, son este tipo de monografías, que como el caso que nos ocupa proceden del ámbito de la politología pero mantienen una patente perspectiva histórica, las que, al ser confrontadas con encuestas y documentos de trabajo de “think tanks” que, como los de Elcano, buscan responder a coyunturas inmediatas, sirven para resaltar que ciertos fenómenos que podrían considerarse propios del presente tienen tras de sí un largo recorrido. Así, a las páginas de *El enemigo yanqui* se asoman imágenes, descripciones y epítetos del país norteamericano y sus gentes que han pervivido durante más de un siglo. Coincidencias que no son fruto de la casualidad y que, aunque fuera del periodo temporal analizado en este libro, quedan en parte condensadas en un anuncio comercial de la compañía TWA aparecido en el periódico *La Vanguardia Española* en marzo de 1969 en el contexto de la fiebre por la carrera espacial: “a los americanos se les ha acusado, y no sin razón, de frívolos, de incultos, de ingenuos.

Pero hay una cosa que a los americanos se les alaba siempre: la increíble precisión que puede convertir en realidad un sueño... alcanzar la Luna”.

Para acometer el análisis de esta clase de descripciones estereotipadas y de una dialéctica constante entre tradición vs. modernidad o espiritualidad vs. materialismo que, bajo el marbete de *American way of life*, concitaba tanta atracción como repulsa, Fernández de Miguel presenta una exposición dividida en torno a tres grandes periodos temporales. El más extenso de ellos ocupa desde la independencia de las colonias hasta la confrontación armada entre España y Estados Unidos en 1898, fase en la que el autor sitúa el nacimiento y posterior consolidación del sentimiento antiamericano en el seno del conservadurismo español. De una manera ágil y sistemática, recurriendo tanto a fuentes primarias –es de especial relevancia la labor de rastreo hemerográfico con objeto de recuperar fragmentos publicados en la prensa española desde mediados del siglo XIX– como a la literatura especializada más reciente, a lo largo de este primer capítulo se van desgranando los principales puntos de fricción entre ambas naciones. Todo ello permite al lector identificar los argumentos esgrimidos por las élites conservadoras de España para atacar la política expansionista estadounidense, apoyándose principalmente en unas ideas panhispánicas que señalaban a la incipiente potencia como un enemigo a batir y que perdurarán durante años venideros. Un antiamericanismo que cumple a la perfección su función como elemento legitimador de la interpretación conservadora de un nacionalismo español que contraponía el catolicismo y la tradición a una nación sin Historia dominada por los intereses crematísticos. El examen de las opiniones de periodistas, diplomáticos o intelectuales como José Ferrer de Couto, Adolfo Llanos, Juan Valera o Mariano de Cavia pone de manifiesto la presencia de unos tópicos de origen decimonónico –los norteamericanos son definidos como ignorantes, materialistas, arrogantes, con predisposición hacia la violencia, alejados del dogma católico y condenados a vivir en un constante estado de infantilismo– llamados a resistir el paso del tiempo.

El balance de los efectos producidos por la crisis de 1898, poco importantes para la pervivencia del antiamericanismo conservador que interpretó este episodio como una muesaca más dentro de su sempiterna enemistad hacia Estados Unidos, sirven a Daniel Fernández para introducir un segundo capítulo consagrado al periodo que abarca desde entonces hasta el estallido de la Guerra Civil. Quizás la más enfocada a mostrar la inserción del caso español en el contexto general europeo, esta sección de la obra refleja con tino el auténtico estado de alerta vivido por los intelectuales conservadores de la época ante la expansión de una cultura norteamericana que parecía amenazar con socavar los cimientos no sólo de la nación española sino de la propia civilización occidental. De este modo, se consolidó el rechazo ante las peculiaridades de la sociedad estadounidense, frecuentemente tamizadas por la imagen proyectada por su industria cinematográfica o la experiencia directa de algunos intelectuales españoles horrorizados ante una modernidad que igualaba a hombres y mujeres, estandarizando todos los procesos vitales.

Dos capítulos cuidadosamente elaborados y que sirven de inmejorable introducción al dedicado al antiamericanismo durante el Primer Franquismo, el cual constituye el verdadero “tour de force” del autor. Este bloque, que duplica en extensión a los apartados anteriores, contiene un pormenorizado estudio de la abierta hostilidad

frente a Estados Unidos manifestada por tres de los principales grupos de poder sobre los que se sustentaba el nuevo Régimen: el Ejército, Falange y la Iglesia Católica. Con gran habilidad y merced a una utilización sistemática de todo tipo de fuentes, Fernández de Miguel pone de relieve la evolución que durante esta etapa experimentó un antiamericanismo conservador que repetía viejos clichés, readaptaba otros, como la idea de Hispanidad frente al Panamericanismo patrocinado por el gobierno estadounidense, e incluso añadía nuevos elementos como la connivencia de masones, judíos y protestantes para destruir los valores que encarnaban la nación española. Una acumulación de demonios familiares que metafóricamente era representado como el pugilato entre Don Quijote y Babbitt. Sin embargo el hidalgo castellano no tardó en revelar un cierto “sanchismo” toda vez que el devenir de la contienda internacional invitara al Régimen franquista a distanciarse de las potencias del Eje. Un oportunismo que alcanzó su mayores cotas con la negociación de los futuros pactos bilaterales firmados en 1953 y que obligó a estos sectores no a renunciar a su antiamericanismo pero sí, al menos, a moderar sus críticas y ceder el testigo a grupos más radicales concentrados en torno a sectores juveniles de Falange o publicaciones castrenses como “Reconquista”.

En resumidas cuentas, estamos ante una obra llamada a convertirse en un referente para todos aquellos interesados por uno de esos temas que parecen destinados a nunca pasarse de moda. El lector encontrará en ella un texto que destaca por su claridad expositiva –que no es más que el reflejo del arduo trabajo de gabinete que se esconde tras sus páginas– y que huye de oscuras teorizaciones para potenciar un análisis político y cultural en el que se recurre con certeza al discurso histórico con el fin de contextualizar correctamente un fenómeno tan atractivo como complejo.

Misael Arturo LÓPEZ ZAPICO

Instituto Franklin - Universidad de Alcalá de Henares - Universidad de Oviedo